

# mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales  
Nº 47 Primer Semestre de 2000\*

## HUMANIDADES

Joaquín Edwiwis Bello y su amor por Paris, <i>Salvador Benavaca C.</i> .....	9
El delito de le nsar, una razón del destierro, <i>José Ricardo No Aules</i> .....	107
Le Corbusier en <i>La Nación</i> de Santiago de Chile (1924-1919-1927), <i>Patricio Lizama A.</i> .....	119
Mario Miláúca: Entre el asco y otras perspectivas, <i>Thomson Harris</i> .....	129
Huidobro co éa evocación nerudiana, <i>Waldo Rojas</i> .....	133
Europa y la filosofía alemana, <i>Martin Heidegger</i> .....	145
Alejo Carpentier, la música de Bach y el cine de Griffith, <i>Pedro Lastra</i> .....	155
<i>El Inquisidor Mayor</i> de Manuel Bilbao. Algunos aspectos del texto y del contexto, <i>Eva Löfquist</i> .....	159
La seriedad aristocrático-burguesa y los orígenes de la literatura satírica y popular en Chile, <i>Maximiliano Salinas</i> .....	175
Un fragmento de <i>La Naturaleza</i> de Goethe, <i>Ricardo Loebell S.</i> .....	199

## CIENCIAS SOCIALES

Política, disciplina y literatura. La revista <i>Criterio</i> , Bs.As., 1928-1936, <i>María Ester Rapalo</i> .....	215
La textualidad de la historia: fundamentos epistemológicos y psicopedagógicos de la reforma educacional, <i>Ignacio Muñoz D.</i> .....	233
Indefiniendo las fronteras: pluralidad de voces en la Sud África del pos-apartheid, <i>Ximena Picallo V.</i> .....	271
La educación chilena y las elites políticas de los sectores medios (1900-1970), <i>Nicolás Cruz</i> .....	285
Los intentos estatales por estimular el factor humano nacional a través de la inmigración europea 1888-1920, <i>Baldomero Estrada</i> .....	303

La dimensión política de la inauguración del viaducto del Malleco, <i>Rafael Sagredo</i> .....	339
------------------------------------------------------------------------------------------------	-----

## TESTIMONIOS

Homenaje de revista Mapocho a su fundador, don Guillermo Felú Cruz, en el centenario de su nacimiento,.....	379
Guillermo Felú Cruz, <i>Ximena Felú S.</i> .....	381
Centenario de Guillermo Felú Cruz, <i>Sergio Martínez Baeza</i> .....	387
Los ideales de un editor, <i>Guillermo Felú Cruz</i> .....	393
Andrés Bello y la Biblioteca Nacional, <i>Guillermo Felú Cruz</i> .....	397
Un ensayo sobre Vicente Reyes, costumbrista, <i>Guillermo Felú Cruz</i> .....	409

## COMENTARIOS DE LIBROS

Osmar Gonzales Alvarado, <i>Los zorros y el pensamiento socialista en el Perú, 1968-1985</i> , <i>Marco A. Ramírez</i> .....	435
Álvaro Salvador, <i>Muestra de poesía hispanoamericana actual (34 nombres en 34 años: 1963-1997)</i> , <i>Viviana del Campo</i> .....	438
Silvia Nagy-Zekmi, <i>Paralelismos transatlánticos: postcolonialismo y narrativa femenina en América Latina y África del Norte</i> , <i>Luis Correa Díaz</i> .....	441
Florian Martins, <i>Escritura Conquistada. Diálogos con poetas Latino-americanos</i> , <i>Miguel Gomes</i> .....	445
Roger Scruton, <i>Filosofía moderna. Una introducción sinóptica</i> , <i>Julio Torres Meléndez</i> .....	448
Larisa Adler y Ana Melnick, <i>Neoliberalismo y clase media: el caso de los profesores en Chile</i> , <i>José A. de la Fuente</i> .....	450
Luis Vitale, Luis Moullan y otros, <i>Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet</i> , <i>Mauricio Salazar</i> .....	453

No recuerdo cuándo pude diferenciar al padre del abuelo, al profesor del historiador, o al abuelo del amigo entrañable que conocí tan íntimamente al final de sus días. Sí, tengo muy claro que esos roles circundaron mi vida, la determinaron en muchos aspectos y cuando ya no estuvo físicamente, se instaló, invadiendo un gran espacio en mi corazón, desde donde vuelve a renacer, configurándose como padre, como abuelo, profesor, historiador o como amigo, según la circunstancia que debo enfrentar.

Recuerdo, en mis primeros años de colegio, como papá, alcanzó una dimensión que trascendió mi estrecho entorno de ese entonces. El profesor que integraba la comisión examinadora que iba a mi colegio en el momento de dar examen de historia, me preguntó si yo era hija del historiador Guillermo Feliú Cruz. Al contestarle afirmativamente, me agregó que seguramente por eso mismo, debería saber mucha historia. En efecto me gustaba mucho, sobre todo cuando dirigida por él, leía a Alejandro Dumas y toda la gama de sus novelas que me hicieron conocer anecdóticamente la historia de Francia y por consiguiente no la olvidaría nunca más. "Le vamos a preguntar geografía entonces"; terminó diciendo el profesor, Fernández creo que era su apellido. Por supuesto, que escasamente logré salvar con un mísero tres el examen. Una vez en la casa y para justificar mi cuasi fracaso, ante su pregunta, "¿cómo le fue en el examen?", le contrapregunté: —Papá, ¿qué significa ser historiador? No podría recordar la respuesta precisa de ese momento. Lo que no he podido olvidar es su mirada. De la expresión indagatoria que provocó mi pregunta, pasó a un mirarse hacia adentro, no podría decirlo de otra manera, y sus ojos muy brevemente se iluminaron para enseguida dulcificarse, como si hubieran encontrado a un ser muy querido. Después, se llevó el dedo del medio de su mano derecha, al eje de sus anteojos, intentó ajustarlo a su larga, perfilada y un poco respingada nariz, gesto mil veces esperado y tan querido en algunas circunstancias, y me dijo, con ese tono cortante con que solía establecer los hechos: "Fernández es un fregado". A pesar de su opinión, el tres fue inamovible.

No se me había ocurrido relacionar esto de ser historiador con las visitas a los monumentos y estatuas que existían en la Alameda, a los que nos llevaba a mi hermano y a mí, deteniéndonos en cada una de ellos para contarnos la razón y mérito del personaje inmortalizado, como para estar allí. Creo que era natural para nosotros, el que un papá saliera con sus hijos un día domingo, y les contara la fascinante vida de estos señores que a caballo o a pie, de uniforme militar, o de levita y en actitudes congeladas pero vivas según el talento de su escultor, habían

<sup>1</sup>Directora Biblioteca del Congreso Nacional.

sido los héroes que pensaron y construyeron un país libre y democrático que nos hace a todos iguales. Comprendí más tarde que esos paseos no eran corrientes, cuando en el colegio, durante el recreo largo de la mañana del día lunes, se producía la invariable pregunta: "¿Qué hiciste el domingo?" y ninguna de mis compañeras había corrido las aventuras de nosotros, por la Alameda, tomados de la mano del padre historiador que amaba tan profundamente a su país.

Creo que tampoco resultaba muy natural, para el común de las familias, el que el espacio más importante de una casa como la nuestra, no fuese ni el living, ni el comedor, ni el dormitorio, sino el escritorio. Siempre en las casas en que vivimos, hubo un espacio grande, donde se encontraba el escritorio del papá. Ahí leía, escribía, preparaba sus clases, recibía a sus alumnos, a sus amigos y en las tardes, cuando empezaba a oscurecer, llamaba a mi madre, siempre en el mismo tono, y repetidamente: "Inés, Inés", para que lo acompañara. Nunca le escuché decir su nombre una sola vez. El atardecer lo angustiaba, se apresuraba a cerrar las persianas y prender la luz para no presenciar la puesta de sol y la penumbra que anunciaba la noche.

Su escritorio era como un santuario. Cuando niños, sólo podíamos entrar allí a escondidas cuando el papá no estaba. Estantes, muchos estantes llenos de libros rodeaban un escritorio cubierto de papeles, con una fascinante colección de lápices, rojos, azules, y lapiceras con plumas de metal de quitar y poner, de esas que se alimentaban en un tintero de cristal. Una de esas lapiceras, con mango grueso de madera color burdeo me atraía especialmente. La mamá nos había dicho que si entrábamos en el escritorio, que, —como todas las madres, ella sabía que a veces lo hacíamos a escondidas— no tocáramos nada. Y yo quería tener en mi mano esa pluma. Un día, a través de la puerta entreabierta lo vi leyendo, me acerqué y apuntando hacia ella le dije: "papá, dámela". No, me contestó. Me acerqué más aún y la tomé. La respuesta no se hizo esperar. "Déjela donde estaba", me dijo con suavidad, "esa lapicera es de don Arturo Alessandri, con ella ha escrito gran parte de sus discursos y firmado importantes documentos". Obedecí un poco asustada y salí del escritorio preguntándome quién sería ese señor que había firmado tantos documentos. Hoy, la tengo junto a los más queridos recuerdos de mi padre. Asimismo, conservo una fotografía de don Arturo con una dedicatoria: "a mi querido amigo", seguramente firmada con esa misma lapicera.

En ese espacio tan suyo, se reflejaba íntegramente su personalidad y su vocación. Había una cantidad enorme de objetos, algunos muy finos, otros, curiosamente artesanales, coloridos y humildes. Figuras de porcelana de Sévres junto a un huaso a caballo de cerámica de Quinchamalí o de Talagante. Marcos antiguos con daguerrotipos, fotografías o pinturas de sus ancestros, grabados con las figuras de personajes históricos, o filósofos e historiadores que habían contribuido a su formación, y de quienes se rodeaba ubicándolos junto al retrato de mi madre muy joven, donde siempre los pudiera ver. Además, muchos diplomas, medallas y también condecoraciones que lo señalaban como miembro honorario de numerosas Sociedades de Historia, Academias y otras instituciones americanas y europeas.

El escritorio, también era el espacio donde desplegaba su vocación de coleccionista. Le gustaban los relojes. Había de todas clases, tamaños, y modelos. Los sem-

braba por toda la casa y solía controlarlos uno a uno. Pero, lo más peculiar, era su colección de cordeles. La descubrí en una ocasión, cuando le propuse catalogar sus libros, que sumaban más de cuarenta mil volúmenes, y a veces, pasaba horas buscando el ejemplar que necesitaba. Tenía un hermoso mueble de madera con doce gavetas, ideales para desarrollar un catálogo alfabético de fichas. Pensando que habría que desocuparlo, para este propósito, abrí una de las gavetas y encontré una infinidad de cordeles y cordelitos, cada uno hecho un pequeño ovillo, igual cosa en la gaveta siguiente y en las diez restantes. Ante el asombro de mi descubrimiento, no pude menos que exclamar "¡ipapá, tantos cordeles!". Desde el sillón donde acostumbraba a sentarse para leer junto a la ventana, levantó la cabeza del libro que leía y por encima de los anteojos, aventuró una explicación, - "Es que me llegan muchos paquetes de libros y alguien puede necesitar amarrar algo". En un acuerdo tácito, no pronunciado, no volvimos a tocar el tema del catálogo, tampoco el de los cordeles y cordelitos, pero cada vez que alguien se acercaba al mueble y dirigía una mano curiosa hacia las gavetas, junto con la mirada y la semisonrisa de complicidad, decíamos, casi a coro, "está con llave".

Ubicada en la perspectiva con que ahora lo recuerdo, valoro con nostalgia su gran espíritu de servidor público y el orgullo que sentía de pertenecer a la Administración Pública. Había incorporado en lo más íntimo de su ser la característica de esas generaciones que hicieron grande a Chile, sobriedad, modestia, conocimiento y cultura. En una ocasión, de vuelta de un viaje al exterior, al pasar por la Aduana, se encontró con un alumno, que oficiaba de vista de aduana, que no quiso revisar su equipaje. "Pase no más don Guillermo", le dijo, a lo que él contestó, "muchas gracias, pero yo soy un funcionario público y Ud. tiene la obligación de revisar mis maletas".

Me he preguntado muchas veces por qué la imagen que siempre se presenta en mi mente es la de su figura un poco gibada, de gran prestancia y dignidad, vestido modestamente de negro, con corbata de lazo y el abrigo puesto sobre sus hombros a modo de capa. Fue su vestimenta habitual desde que murió su madre en enero de 1946 y su homenaje a una mujer fuerte, que asumió la función del padre que no conoció ya que no cumplía el año cuando sobrevino su muerte. Tal vez la respuesta se encuentre en que así se representaba su esencia de hombre profundamente sentimental.

Cuando fue nombrado hijo ilustre de Talca, en una ceremonia que se realizó en la Municipalidad a la que se invitó a toda la familia, a sus amigos, autoridades políticas, académicas y del mundo intelectual, lo vi hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas, algunas se deslizaron hasta su barba que temblaba; pero logró contenerlas, no así las nuestras.

En el verano, derivaba de la figura señera de un caballero español, a la de un burgués de vacaciones, cuando se instalaba por largos meses en la casa de Las Cruces y mi madre lo vestía con camisas deportivas, chaquetas de corte inglés y jockey.

Acostumbraba a bajar a la playa muy temprano en las mañanas, pero saludaba, principalmente, según se lo oí confesar un día, a las señoras que le parecían buenas mozas. Un verano convidó a pasar unos días a su amigo Juan Uribe Echevarría. No sé en qué momento decidieron que tenían que desafiar al mar y

premunidos de sendos trajes de baño, irrumpieron en la playa y se bañaron con bastante dignidad, debo reconocerlo. Quien más aprovechó de este acontecimiento que tuvo eco en toda la playa, fue su único nieto, Guillermo "Cuarto", el que teniendo apenas dos años de edad, se atrevió a entrar con el agua más allá de los tobillos, sintiéndose seguro de la mano de su abuelo. El "fotógrafo oficial" de la playa de Las Cruces, registró para siempre esos momentos, junto a otros, en los que siempre los principales personajes eran él y sus cinco nietos.

El amor por sus nietos lo hizo acuñar una expresión con la que quiso describir la gran emoción de ser abuelo: "Ennietecer". Me atrevería a asegurar que lo inventó, cuando Soledad, su nieta mayor, escasamente de un año, se introdujo en el escritorio de la casa de Las Cruces y se lo quedó mirando desde la puerta, para enseguida acercarse hasta afirmarse en sus rodillas, sonriendo. Desde el ángulo en que yo estaba, lo vi dejar a un lado el libro, levantarse, y pasarle su dedo índice a la niña que se aferró de él. Caminaron así, hacia el living, después a la terraza. Ahí mirando el mar, se tejió la red de una afinidad que le dio contenido al verbo inventado. Le explicaba a sus amigos en qué consistía ese sentimiento y fue tan real y verdadera su descripción, que su gran amigo el historiador venezolano, Pedro Grasses, escribió un artículo con el título "Ennietecer" como un homenaje, cuando mi padre murió un 30 de noviembre. Fue un abuelo inundado de ternura por Soledad, Pola, Ximena, Memo y Pilar. Pero también, un profesor pleno de amor por sus alumnos.

Hace muy poco tiempo, no más de seis meses, una señora pidió hablar conmigo. Me dijo que hacía más de veinte años que vivía en Suecia. Y no había vuelto a su país. Se había prometido a sí misma que lo primero que haría al volver, sería visitar a la familia de su maestro y profesor Guillermo Feliú Cruz. Con la voz entrecortada me dijo: "Yo le debo a su padre mi carrera de profesora. Cuando estaba en el segundo año de Historia en el Pedagógico al que había logrado ingresar con gran sacrificio de mis padres, me comunicaron que había muerto mi padre. Posteriormente, mi madre me dijo que no podría seguir estudiando porque no había recursos con qué financiar mi carrera y, tendría que trabajar. Me fui a despedir de don Guillermo en cuya cátedra me había destacado por mis notas. Él me insistió en que no podía dejar de estudiar. -'No tengo alternativa, le contesté' y él replicó: 'Sí la tiene. Ud. va a trabajar conmigo'. Efectivamente, trabajé en la Biblioteca Nacional haciendo investigación histórica, ayudando a catalogar los libros de la Sala Medina, hasta que logré titularme y trabajar en mi profesión. Mucho después, me enteré por casualidad, que los recursos que me permitieron subsistir y estudiar, provenían del bolsillo de mi profesor". Reconocí que como esa "alumna-hija", tantos otros, también, habíamos podido comprobar su alma bondadosa.

Con el transcurrir de los años, por distintas razones tuve que identificarme, en un Banco; en la Universidad; al hacer los trámites para obtener pasaporte para salir fuera de Chile; al matricularme en una Universidad extranjera; al visitar a un embajador chileno en otro país; en la Aduana al presentar mi pasaporte; al ser presentada a otra persona por el anfitrión de algún evento social, y fueron innumerables las ocasiones en las que al saber mi apellido, me preguntaban si era pariente de Guillermo Feliú Cruz. Al contestar que se trataba de mi padre, se producía algo muy especial, me miraban como queriendo transmitir un sentimiento muy

particular, y así establecer un vínculo y el comentario no se dejaba esperar. "Fue mi profesor", "sus clases eran brillantes". A veces se agregaban comentarios como el que le escuché a un diplomático de carrera: "me enseñó a querer a mi país", o "descubrió en mí al investigador", o "me ayudó a definir mi vocación".

Tenía una gran generosidad intelectual. Una mente lúcida, abierta y liberal. Su capacidad de análisis unida a una sensibilidad que intuía realidades y sicologías, más su gran conocimiento y erudición histórica le permitían reconstruir situaciones, interpretar motivos y comprender actitudes de personajes que hicieron nuestra historia. A través de su palabra, cobraban vida las ideas que subrayaba con sus manos expresivas, y con voz vibrante, imprimía en nuestro corazón los hechos de la patria que adoraba.

La muerte de mi madre lo sumió en una profunda crisis. Cinco años lo separaron de la suya. Durante ese lapso, enfrentó el mismo diagnóstico de la enfermedad que le llevó a su "Inés, Inés". Fue un período difícil, sin embargo, lo iluminó con su gran coraje y su voluntad de seguir escribiendo, investigando, publicando. La ausencia de sus nietos, que ya no estaban en Chile, nos acercó. Descubrí al amigo, al buen consejero, tímido y sentimental. También al poeta, la oración que escribió la noche de la muerte de mi madre, tiene una grande y sufriente belleza. Es lo más hermoso que he leído.

Una tarde, me llamaron a mi oficina. Le había dado una fatiga y había pedido acostarse. Corrí a la casa. Lo noté cansado. "Quédese a mi lado", me dijo con voz muy débil. Acerqué una silla a su cama y comencé una larga carta para mi hermano, -quería que viniese-. Lo sentía respirar suavemente. De pronto, hubo un gran silencio. Dejé de escribir, creí que dormía. Pero ya era el 30 de noviembre.